

**ENCUENTRO DE ESCUELAS DE ENFERMERIA
GRANADA, 7 DE ABRIL 2017**

HOMILIA

Hno. Miguel Martín Rodrigo

Tendremos que comenzar aceptando que Jesús de Nazaret era un buen docente. Desconocemos los niveles de pedagogía que pudo estudiar, pero a lo largo del Evangelio nos da muestras suficientes de adecuación del mensaje que desea transmitir a la capacidad de su auditorio. Adecuación que sigue siendo perfectamente válida para nuestra sociedad actual, para cada uno de nosotros.

“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó...”. Un trayecto a cubrir; como tantas personas que cada día han de hacer el propio para ir de su casa al trabajo, a su fábrica, a su oficina, a su hospital... Para quienes hayamos tenido la suerte de conocer aquellas tierras, nada menos que la Tierra Santa, un trayecto inhóspito por medio del desierto de Judea. Sin posibilidad de descansar la vista en el verde de la vegetación, en el río que serpentea el valle...

“Y unos bandidos lo asaltaron, lo molieron a palos, dejándolo medio muerto...”. Afortunadamente esto no pasa cada día, pero sí con más frecuencia de lo que nos pensamos. La seguridad ciudadana, depende de en qué países y lugares, hace que episodios como éste no sean tan distantes de la vida diaria.

Camino, hombre apaleado y caminantes que se tropiezan con esta realidad. El primero un sacerdote: lo vió, y pasó de largo... Un hombre importante en aquella sociedad, muy importante. Parece lógico que no pueda detenerse para ayudar al herido. ¡¡Tiene tantas obligaciones que le están esperando!! Ya le gustaría poder hacerlo pero no es éste el momento. ¡¡Lástima con lo dispuesto que el siempre se manifiesta a favor de quienes le necesitan...!!

Poco después, un levita. Hombre menos poderoso en la escala social de aquel tiempo, pero también significativo. Lo vió, y pasó de largo... ¿Acaso tenía que atender en el templo al sacerdote que le había precedido? En todo caso iba con el tiempo justo y no podía perderlo en atender al hombre apaleado. Seguramente se confiaría en que alguien pasaría a no tardar mucho y podría arreglar el asunto.

El que viene ahora es...un samaritano. ¡¡Mala gente estos samaritanos!! Enemigos declarados de los judíos... ¡¡Qué mala suerte la de este pobre hombre

apaleado!! Pero, mira por dónde, el samaritano lo vió, se conmovió, se bajó de su cabalgadura, lo atendió y se lo llevó a la posada para que lo cuidaran hasta su vuelta. Atención de urgencia, transporte sanitario, y rehabilitación...Y todo ello con la necesaria financiación: “a mi vuelta te pagaré todo lo que hayas gastado”.

¿Quién se comportó como prójimo?. Parece no haber dudas: el que usó con él de misericordia. “Pues ve y haz tú lo mismo”.

Lección impartida, lección aprendida. Genial la pedagogía. Duda resuelta y propuesta de solución: “haz tú lo mismo”.

Dieciséis siglos más tarde, en la Granada hervidero de culturas, religiones, comercio...aparece un hombre que, tras muchos caminos iniciados y apenas cerrados, a la búsqueda siempre de una identidad que no acaba de delimitarse, se ha encontrado de bruces con Dios y, desde él, con tantos hombres en cuyos caminos les han robado, de una forma u otra la dignidad. En este sentido, el paso de Juan de Dios por el Hospital Real compartiendo con los enfermos mentales allí acogidos ha sido toda una experiencia un auténtico período de prácticas.

Juan de Dios, en el camino de su vida, bajaba por ese mismo trayecto, y “los vió”. Pudo haber pasado de largo, otras muchas ocupaciones le hubieran precisado su atención. Tenía que volver a abrir su librería... Pero se conmovió. Juan es hombre sensible, que no sensiblero. Siempre lo ha dejado traslucir:

***“Tan pobres y maltratados los ví que me quebraron el corazón”. 1 DS
93***

“Me han escrito una carta que me han hecho quebrar el corazón con lo que me envían a decir.” I D.S. 101

“Así que viéndome tan empeñado, que muchas veces no salgo de casa por las deudas que debo, y viendo padecer tantos pobres, mis hermanos y prójimos, y con tantas necesidades, así al cuerpo como al alma, como no los puedo socorrer, estoy muy triste.” 2GL 32-36

Pero esa conmoción no se agota en sí misma. Pone en funcionamiento todo un proyecto de compromiso: descabalga, se implica y se complica su vida. ¡¡Y de qué forma se la complica!!

“Porque como la ciudad es grande y muy fría, especialmente ahora en invierno, son muchos los pobres que se llegan a esta casa de Dios; porque, entre todos, enfermos y sanos y gente de servicio y peregrinos hay más de ciento y diez. Porque así como esta casa es general, así reciben en ella generalmente de todas las enfermedades y suerte de gentes, así que aquí hay tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, paralíticos, tiñosos y otros muy viejos y muchos niños; y sin éstos, otros muchos peregrinos y viandantes que aquí se llegan y les dan agua, fuego y agua y sal y vasijas para guisar de comer, y para todo esto no hay renta, mas Jesucristo lo provee todo...”. 2 GL 12-20

Y, ¿por qué se complica de esta forma su vida Juan de Dios? ¿Qué le mueve a salir de sí mismo y darse a los demás, a ser “un hombre cuyo sentido vital ya no podrá ser otro que el entregarse en hospitalidad a los hombres que le necesitan?”

Juan de Dios no es un filántropo, no es un generoso compulsivo, no es un mecenas al que le sobran recursos humanos y financieros... ¿Quién es, pues, Juan de Dios? Pues, sencillamente, un hombre que se ha encontrado de bruces con Jesucristo y que, tan pronto se ha producido ese encuentro, simultáneamente, como consecuencia intrínseca, ha divisado en el rostro de los hombres necesitados la figura de sus hermanos, hijos del mismo Dios.

Tan pronto ha descabalgado se ha encontrado no con hombres heridos, sino con Jesucristo encarnado en cada uno de los ellos: el Buen Samaritano descubre en los enfermos, en los presos, en los desnudos y hambrientos, el rostro de un Dios que se encarna en ellos. Atenderlos ya no será para Juan de Dios una heroicidad altruista, sino un acto de coherencia con su propia experiencia vital.

De ahí que su experiencia religiosa, su encuentro personal con Dios será la única fuente de la que emanará su compromiso vital, día tras día. Juan de Dios no se entiende sin la presencia de Dios en su vida. Desde su extremada sencillez, aparece su contundencia cuando manifestará en sus cartas:

“Así que de esta manera estoy aquí empeñado y cautivo por solo Jesucristo” 2GL, 27

“Mas empero confío en solo Jesucristo, que el me desempañará, pues El sabe mi corazón”. (2GL 37)

“Si mirásemos cuán grande es la misericordia de Dios, nunca dejaríamos de hacer bien mientras pudiésemos; pues que dando nosotros, por su amor, a los pobres lo que El propio nos da y nos promete ciento por uno en la bienaventuranza. ¡Oh bienaventurado logro y usura” 1DS 73-77

O esa frase que aparece en la Primera Carta a la Duquesa de Sesa, tan corta como preñada de sentido, y que en tan pocas palabras lo dice todo.

“Darlo todo por el Todo, que es Jesucristo” 1 DS

Profunda oración desde una vida vivida en absoluta coherencia. Oración que mezcla el drama de la necesidad con la absoluta confianza en quien verdaderamente es su “valedor”. Juan de Dios es la correa de transmisión de un Dios experimentado, acogido y servido. Dios es el círculo mágico sin el cual la vida de Juan de Dios no se entiende.

Este es Juan de Dios. Un hombre de Dios que ha descubierto, desde ahí, a todos los hombres como sus hermanos. Su hospitalidad, sin esta dimensión teológica no responde a la nítida realidad. Juan de Dios sin Dios, deja de ser Juan de Dios.

Es cierto que en su proyecto de hospitalidad caben muchos posicionamientos. Posicionamientos que pueden vivirse desde la misma fe cristiana, desde otras creencias, desde la ausencia de todas ellas, desde una opción humanística, etc, etc. Siempre que el compromiso por el hombre sea real y comprometido, la hospitalidad juandediana lo puede integrar y de hecho lo integra. Nuestra institución está generosamente integrada por muchos colaboradores que se mueven desde muy diversos registros existenciales. Y todos ellos son piedras vivas del edificio de la hospitalidad. Ello no hace sino subrayar la grandeza del proyecto de nuestro santo, la universalidad de la verdadera hospitalidad...

Pero una cosa no quita la otra. Afirmar la centralidad de Dios en la vida de Juan de Dios sin la cual ésta no se explica, resulta obligatorio si no queremos prostituir el auténtico espíritu de nuestro Fundador. Que todos nos podamos acoger bajo el inmenso paraguas hospitalario de nuestro Fundador no debe cercenar la identidad anclada en Cristo que marcó al mismo.

A los aquí presentes la vida nos ha situado hoy en la estela de Juan de Dios. Y no en el puesto menos importante. Educar hoy, educarnos hoy para seguir haciendo presente en nuestros días una hospitalidad al estilo juandediano es un reto no fácil, pero sí apasionante.

La vocación que hemos asumido, la profesión por la que hemos optado nos llevará inexorablemente a encontrarnos cada día con multitud de personas “heridas por la vida” en sus múltiples manifestaciones de algo tan propio de ella como es la vulnerabilidad. Personas heridas por la enfermedad, por la discapacidad, por la pobreza, por la exclusión...

Cada uno de nosotros deberá decidir qué tipo de atención le prestamos. Cabe pensar que moviéndonos en el campo sanitario quizá no podamos “dar un rodeo y pasar de largo”. Inevitablemente habrá que pararse y bajar a atenderlo. Pero podremos atenderlo con diferentes formas de implicación. Siempre podremos “despacharnos” con una aseada faena –como dicen los taurinos-, con un aséptico tratamiento que cumple todos los requisitos técnicos pero que marca distancia con la persona que tiene delante... Ojalá que, siguiendo al Buen Samaritano, en la línea que lo hizo Juan de Dios, sepamos implicarnos en una atención integral, que incluye la cabeza pero también el corazón; ojalá que tras tantos heridos como aparecerán en el camino de nuestra vida, al menos sepamos olfatear la figura de un ser humano, de un hermano que precisa de mí. Si así ocurre podemos afirmar que, ciertamente, “Juan de Dios sigue vivo”.

Quiero finalizar mis palabras con las que nuestro Hermano General, Jesús Etayo, iba repitiendo a cada uno de los grupos de colaboradores con los que en su última Visita General en mi Provincia se iba encontrando:

“Vosotros sois hoy los brazos, las piernas, los ojos y el corazón de S. Juan de Dios. Vosotros hacéis presente hoy a S. Juan de Dios”. Un reto apasionante. Juan de Dios, ruega por nosotros.